

Génesis 7

Versos 10-12



*Días
Semanas
Años*



Sublime
Gracia

Las cuarenta semanas en el vientre materno nos recuerdan un tiempo de formación y preparación antes de entrar en una nueva etapa. De manera similar, el pueblo de Israel atravesó un proceso antes de entrar en la tierra prometida, al reposo que Dios había preparado para ellos.

El Señor le dijo a Moisés que él no entraría en esa tierra a causa de un acontecimiento específico. **Esto nos enseña que no existe nada que podamos hacer en nuestras propias fuerzas para llegar a merecer las promesas de Dios.** Aun Moisés, de quien la Escritura dice que fue fiel en toda la casa de Dios y obediente a su llamado, no entró en la tierra prometida.

Esto nos lleva a comprender que el reposo de Dios no se alcanza por la cantidad de obras, el esfuerzo humano o el buen desempeño espiritual.

No obstante, cuando Josué fue llamado a introducir al pueblo en la tierra prometida, el Señor le dijo: *«Esfuézate y sé valiente»*. Ese esfuerzo no era para ganar la promesa, sino para permanecer en ella caminando en obediencia. Por eso también le ordenó que no se apartara de su Palabra, que la meditara continuamente y que no imitara las costumbres de los pueblos que habitaban aquella tierra.

Sin embargo, la historia muestra que el pueblo fue desobediente. Aunque recibió la promesa por la gracia de Dios, no permaneció fiel a sus mandamientos. Esto enlaza con lo que hemos venido estudiando: las obras no nos introducen en el reposo de Dios, pero una vida de obediencia es el fruto de quienes han creído y desean permanecer en Él.

¿Qué representa la tierra prometida? Más que un lugar geográfico, representa la vida de reposo, comunión y herencia que Dios tiene preparada para su pueblo. No es simplemente el final de un recorrido, sino el comienzo de una manera diferente de vivir con Él. Hemos venido estudiando lo que representa el número cuarenta en las Escrituras: **cuarenta días, cuarenta años hablan de un tiempo de prueba, formación y preparación.** Es un proceso en el que Dios trata con nuestra carne para formar en nosotros un corazón que confíe plenamente en Él.

En **Génesis 7:22**, durante el diluvio, murió todo ser que tenía aliento de vida sobre la tierra. Más adelante, durante los cuarenta años en el desierto, también murió toda la generación que conservaba la mentalidad de Egipto. En ambos casos, vemos un mismo principio: hay algo que debe morir para que pueda comenzar una nueva etapa. **No puede llegar al otro lado de la historia la misma persona que inició el proceso.** Dios transforma nuestro corazón para introducirnos en aquello que ha preparado para nosotros.

Podríamos pensar que fue injusto que Moisés no entrara en la tierra prometida. Sin embargo, no nos corresponde juzgar los caminos del Señor. Dios es el único juez justo, y sus decisiones siempre son perfectas, aunque muchas veces no las comprendamos.

También encontramos un cambio significativo cuando el pueblo finalmente entra en la tierra prometida. En **Josué 5**, el maná deja de caer. Dios no dejó de ser su proveedor; simplemente cambió la manera de sustentarlos. Ahora comerían del fruto de la tierra y también disfrutarían de campos y cosechas que no habían sembrado, tal como Él les había prometido.

Esto nos muestra que, al entrar en una nueva etapa, también cambia nuestra forma de relacionarnos con Dios. Hay un proceso en el que durante esos "cuarenta días" nos enseña a descansar en la obra que Él mismo realiza en nosotros.

Él nos educa que, la obediencia es la respuesta de un corazón que ama a Dios. Pero ya no obedecemos para ganar su favor, sino porque hemos recibido su favor. Ya no caminamos para ser aceptos; caminamos porque hemos sido aceptados en Cristo.

Nuestro Señor no ignora nuestros errores, pero tampoco nos define por ellos. Como nuestro alfarero aún nos está moldeando, Dios no solo ve lo que somos hoy, sino aquello en lo que su gracia nos transformará. Por eso, su misericordia nos alcanza continuamente. Él nos mira a la luz de la obra que está haciendo en nosotros, y no únicamente por lo que todavía nos falta. Nuestra esperanza no descansa en lo que somos capaces de hacer, sino en lo que Él es capaz de formar en quienes permanecen en sus manos.

Entonces, ¿cómo puedo agradar a Dios? La respuesta comienza entendiendo que Él tomó la iniciativa. **Nuestra relación con Él no comienza con lo que hacemos por Dios, sino con lo que Dios hizo por nosotros.**

Si pudiéramos ver con claridad todas las veces que ofendemos a Dios cada día, probablemente sentiríamos que no somos dignos de acercarnos a Él. Sin embargo, el evangelio nos enseña precisamente lo contrario: podemos acercarnos confiadamente porque fue Él quien dio el primer paso. Si Dios no hubiera deseado una relación con nosotros, jamás habría venido para reconciliarnos con Él.

No trabajamos para que Él nos ame; trabajamos junto con Él porque ya hemos sido amados. Todo comienza con lo que Él nos da y no con lo que nosotros podemos ofrecerle.

Cuando recibimos la Palabra de Dios, esa Palabra es como una semilla sembrada en nuestro corazón. **Jesús enseñó que el enemigo procura arrebatarse esa semilla antes de que produzca fruto.** A lo largo de la Escritura vemos este mismo principio reflejado cuando Faraón ordenó matar a los niños hebreos y cuando Herodes intentó acabar con Jesús. Detrás de ambos acontecimientos se manifiesta la oposición de Satanás al propósito de Dios, intentando destruir aquello que Él está gestando.

La tierra prometida que Israel recibió era una sombra de una realidad mayor. El verdadero reposo tiene su cumplimiento en Cristo y alcanzará su plenitud en la Jerusalén celestial, donde Dios habitará para siempre con su pueblo.

Muchos, por permanecer en la queja, se han quedado en el Sinaí, permaneciendo bajo la ley, como lo enseña **Gálatas 4**. Permanecen en la Jerusalén terrenal, aferrados a tradiciones y dogmas, y ese camino conduce a la muerte segunda.

Sin embargo, el Señor, por medio del trato que ha tenido con nosotros, ya nos ha justificado, y debemos reconocer esa justificación. El hombre se está perdiendo la grandeza de la obra del Mesías al no reconocer que hemos nacido como hijos para vivir en libertad.